

Otro viaje a Francia

Juan Antonio Monroy

Coordinador editorial,
portada y maquetación: Juan José Bedoya
Produce: Grafitec
Imprime: Publidisa
Impreso en España

*Dedico estas páginas a José Luis Arredondo,
compañero ideal en múltiples viajes
por ciudades de Europa,
África e Hispanoamérica.*

Índice

Literatura de viaje	7
¡Francia!	13
Giverny. Jardines de Monet	19
El desembarco en Normandía	25
Monte Saint Michel	31
Angers, tapiz del Apocalipsis más grande del mundo	37
Amboise, la tumba de Leonardo Da Vinci	45
Otros castillos del Loira	53
La sima de Padirac	59
París (I)	67
París (II)	73

LITERATURA DE VIAJE

El ensayista catalán Luis Racionero, escritor de prestigio, fue galardonado el pasado mes de junio con el IX Premio Eurostars Hotels de Narrativa de Viajes. El galardón, más 18.000 euros, le fueron concedidos por su último libro, *El ansia de vagar*.

La obra de Racionero es una contribución más a la literatura de viaje. Dijo Ortega que *“viajar no es tan sólo moverse en el espacio. Más que eso, es reacomodar el espíritu, predisponer el alma y aprender de nuevo”*.

Fiel a los consejos del filósofo, Racionero ofrece un recorrido mágico y atemporal en el que se entremezclan las vivencias propias con las de aquellos que va encontrando en el camino. Traza un recorrido por la diversidad de paisajes físicos y humanos que encuentra a lo largo de su extenso recorrido. Sobre Racionero dijo Patricio Almarcequi que *“viajar es establecer una conexión entre el mundo exterior y la identidad del que se traslada”*.

El primero en hablar de una teoría de los géneros literarios fue Aristóteles en el siglo IV antes de Cristo.

Tradicionalmente, la literatura de viaje no ha sido considerada como un género literario propio, sino enmarcada dentro del género narrativo como un subgrupo temático más.

¡Error! La literatura de viaje se desarrolla desde la antigüedad grecolatina. Basta recordar los escritos de Herodoto, Ctesias y Estrabón en los siglos V, IV y I antes de Cristo. A lo largo de todas las etapas históricas hasta nuestros días, la literatura de viaje se ha mantenido dentro de un género propio.

Las diferencias existentes entre los libros de viajes con respecto a los de cualquier otro género, convierten a este tipo de literatura en una modalidad bien diferenciada. Los libros de viajes fueron escritos con la intención de dar a conocer nuevos territorios y culturas. Esta característica basta por sí sola para reflejar el hecho de que este género no tenga comparación con ninguna otra narrativa.

La escritora Soledad Parras Castro lo explica así: *“Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que el ser humano ha sentido la necesidad de viajar, e igualmente ha sentido la necesidad de dejar constancia de haber realizado el viaje. Cuando estas dos premisas se unen, aparece lo que denominamos Literatura de Viaje”*.

Los lugares y fantásticos relatos de Marco Polo en el siglo XIII, ¿no son literatura de viaje? Literatura de viaje son también las cartas escritas por Cristóbal Colón desde el llamado nuevo mundo en el siglo XV.

Autores conocidos por su prestigio literario han escrito largamente sobre viajes, como lo hizo el francés Chateaubriand en el siglo XIX en *Viaje a América*. El escritor rumano Nicolae Milescu publicó en 1677 *Viaje a China*, donde describe el recorrido que realizó desde Siberia al confin chino. Sobre *Viaje alrededor del mundo*, publicaron libros el francés La Perouse en el siglo XVIII, el clérigo inglés Richard Walter también en el XVIII, el explorador británico James Clark en el XIX, el español Vicente Blasco Ibáñez en 1927 y otros muchos consagrados amantes de lo desconocido.

Aquí, en nuestro país, son decenas los autores que han cultivado la literatura de viaje. Destacan en nuestros días Jordi Esteva, Juan Goytisolo, Paco Nadal, Javier Reverte y Gabi Martínez, entre otros. Miguel Ángel Lozano Marco, en un libro publicado por la Universidad de Alicante que tiene como título *Imágenes del pesimismo. Literatura y arte en España*, dice de Unamuno: “*Miguel de Unamuno, como autor de libros de viajes, es un escritor crucial y representativo de una época... Sus visiones de España son, por encima de todo, visiones de su propia alma*”.

Con alma de viajero vine yo al mundo. Cuando esto escribo me cabe el honor y la gloria de afirmar que a lo largo de mis años he viajado por 83 países de cuatro continentes. El primer viaje lo realicé a pie, con 13 años, cubriendo los 40 kilómetros que separan las ciudades de Arcila y Larache, en el entonces protectorado español en Marruecos. Del último regresé hace cuatro días, después de recorrer unos 3.000 kilómetros por ciudades y pueblos de Cuba. Dos mil invertidos en una ida y vuelta Habana-Santiago y mil más en rutas entre ciudades.

Mi pasión por los viajes me ha llevado a escribir y publicar dos libros sobre el tema. En uno de ellos, titulado *Sin hoz ni martillo*, de 1984, escribí nueve largos capítulos, ilustrados con fotografías, sobre Moscú, Lituania, la entonces Leningrado, hoy San Petersburgo, Kiev, en Ucrania, considerada una de las capitales más bellas de Europa, cuatro ciudades de Uzbekistán, en el Asia central: Tashkent, Jivá, Bujara y Samarcanda. Un viaje de siete días en el tren transiberiano contemplando inmensas llanuras, comarcas quebradas, sierras de hasta dos mil metros, montañas volcánicas, costas bajas y heladas, los variados y bellos paisajes de Siberia, que con trece millones de kilómetros cuadrados es la mayor región del mundo bajo un solo nombre. El libro concluye con un viaje en barco tocando las ciudades de Odesa, Yalta y Sotchi, en la costa oriental del Mar Negro.

Tres años después, 1987, publiqué un segundo libro de viajes, *Alforjas y caminos*. Aquí narro mis correrías por seis países de Asia: Japón, Filipinas, Tailandia, India, China y Macao. Otro capítulo dedico a la isla de Patmos, en Grecia. Cambiando de continentes, me adentro en territorio de la Unión norteamericana, desde las cálidas tierras del sur, el viejo oeste y la costa atlántica, hasta llegar a Nueva York, un mundo aparte. Cierra el libro una bella descripción de Londres, ciudad en la que estudié y viví todo el año 1961, de enero a diciembre.

No obstante la larga lista de países mencionados aclaro que todos ellos los recorrí, todos los pateé. Mis libros de viaje no son obra de laboratorio. Sólo escribo de lugares en los que estuve física y vivencialmente. Viajo para descubrir pueblos y culturas por mí mismo y contarlo después.

En la primera parte de este año publiqué una larga serie de artículos sobre ciudades cubanas que he recorrido personalmente desde una punta a otra de la isla, desde Pinar del Río a Baracoa.

Mi campo de acción ahora es otro. En esta ocasión voy a escribir en torno a ciudades francesas que visité este verano.

¡FRANCIA!

Un amigo mío de muchos años, José Luis Arredondo, prestigioso abogado mejicano, me llamó por teléfono el mes de mayo de 2013 y dijo que le programara un viaje por ciudades de Francia para julio. Me invitaba al viaje. Aunque yo tenía a las puertas un largo viaje a Cuba, acepté. Incitarme a mí a viajar es como regalar tabletas de chocolate a uno de esos niños esqueléticos africanos cuyas miserias exponen en televisión.

Aeropuerto de Barajas. Vuelo Madrid-París. En menos de dos horas estamos en Francia.

¡Francia! Vecina de nuestras tierras. Españoles y franceses se abrazan en los límites fronterizos de Cataluña y el país vasco.

Francia, la gran Francia cultural que añade al hexágono nacional y lingüístico a Luxemburgo y Montecarlo,

la Suiza y la Bélgica francesas, el Canadá francófono y algunas islas y minorías coloniales. Es decir, el “mundo francés” o la “francofonía”, que en tiempos pasados llegó a extenderse por el norte de África- Marruecos, Mauritania, Túnez, Argelia- y otras naciones del África negra como Sudán, Malí, Camerún, Centroáfrica, Chad, Níger, etc. El pequeño imperio que Napoleón soñó en grande y quedó reducido, para él, a 122 kilómetros cuadrados en la isla volcánica Santa Elena, donde murió el año 1821. A pesar de su trágico destierro y peor muerte, gran parte de Francia recuerda y celebra las extraordinarias aventuras que han encantado desde entonces a los espíritus románticos quienes, aún hoy, siguen viendo en él al heredero de la primera revolución y el defensor del principio de las nacionalidades; el hombre que luchó a muerte contra las monarquías absolutas. *“Napoleón es tan grande que diríamos que el imperio del mundo no fue para él más que un mal menor”*, escribió en sus páginas *Le mercure de France*.

¡Francia! Según Covarrubia, país opulentísimo y abundante de todo, campos fértiles, ciudades populosas, mucha nobleza y muy antigua, gente belicosa, ingeniosa en las artes mecánicas y en las liberales, inteligente en las letras. Tomó el nombre de Francia, según la tradición, de Franco, hijo de Héctor, su primer rey. En un grito de tinta sobre papel, el glorioso Víctor

Hugo la exaltó con este cántico: “*¡Francia, Francia! Sin ti, el mundo estaría solo*”.

Según los historiadores, los primeros indicios humanos de lo que hoy constituye Francia se remontan al paleolítico, hace unos 25.000 años. Durante el siglo V antes de Cristo los pueblos célticos ocuparon la zona norte. El imperio romano invadió el territorio y Julio César inició la unificación de lo que hoy es el país. Después de las grandes invasiones los francos se establecieron en la Galia y constituyeron un poderoso reino, con Clodoveo a la cabeza. Estamos en los siglos V y VI.

La Edad Media conoce una serie de guerras dentro y fuera del territorio. Carlomagno es proclamado emperador el año 800. A fines del siglo X los grandes señores feudales crearon verdaderos estados, apoyados por la Iglesia católica y la nobleza.

El período comprendido entre 1330 y 1598 representa una fase de lucha entre franceses e ingleses. Aquí se enclava la conocida Guerra de los Cien años.

En los últimos del siglo XVI se suscitan en Francia numerosas guerras religiosas entre católicos y protestantes hugonotes. Llega la triste noche del 23 de agosto de 1572, la sangrienta noche de San Bartolomé, en la que fueron asesinados 20.000 protestantes. En un libro titulado *Los hugonotes, un camino de sangre y lágrimas*, el escritor catalán Félix Benlliure documenta minuciosamente

lo que fueron en Francia las guerras de religión y lo acontecido la noche de San Bartolomé. Cuando el sol se levantó al día siguiente, cuenta Benlliure, *“París era un tumulto impresionante, desorden y carnicería; arroyuelos de sangre corrían por las calles; cadáveres de hombres, mujeres y niños estorbaban delante de las puertas. Cientos de verdugos insultaban a las víctimas antes de degollarlas y se pagaban con sus despojos...”*.

La llegada al trono de Francia del primer rey Borbón, Enrique IV, en 1598, marcó un período de paz interna. El 14 de julio de 1789, con la toma de la Bastilla, marca el inicio de la Revolución Francesa. Los ideales revolucionarios, aclamados al principio, terminarían en la implantación de una época conocida como la del terror. Acabando el siglo XVIII y comenzando el XIX, Napoleón Bonaparte intenta restablecer la paz en la nación. Napoleón se enfrenta a los soberanos del antiguo régimen en una serie de guerras que le permiten remodelar el mapa de Europa. Caído y desterrado Bonaparte, con Napoleón III Francia continúa enfrascada en guerras interminables hasta que abdica en 1870 y se instaura de nuevo la República, que se mantiene con altibajos hasta 1914. Estalla la primera guerra mundial, 1914-1918, que cambia el panorama no sólo de Francia, sino de todo el mundo. Por primera vez Francia es ahora aliada de Inglaterra en contra de Alemania.

La segunda guerra mundial, 1939-1945, resulta desastrosa para Francia. El 14 de junio de 1940 los alemanes ocupan París, donde se quedan hasta agosto de 1944.

La IV República francesa, encabezada por el general De Gaulle en 1946, dura hasta 1958. Al año siguiente, igualmente presidida por De Gaulle, Francia instaaura su V República, que se mantiene hasta el día de hoy. Su actual presidente es el socialista François Hollande.

Francia es hoy día un país moderno, próspero, líder en la Unión Europea. Tiene una población de 61 millones de habitantes, que espera alcanzar los 62 millones largos en 2015.

Viajar por Francia, ahora, según yo lo percibo, es viajar por una nación culta y soñadora, cuna de hombres y mujeres que le dieron gloria, poetas como Víctor Hugo, escritores como Marcel Proust, filósofos como Voltaire, pintores como Monet, teólogos como Blaise Pascal, ingenieros como Gustavo Eiffel, físicos como Pierre Curie, científicos como Marie Curie, músicos, artistas, actores, cantantes, deportistas. En opinión de León Floorems, *“la literatura francesa es la más documentada de todas las literaturas conocidas, incluso en lo geográfico, histórico y etnográfico”*.

Un ejemplo sorprendente: Las palabras *“dulce Francia”*, que aparecen por vez primera en *la Chanson*

de Roland, han resonado a través de toda su azarosa historia. Jules Michelet, más conocido como poeta que como historiador, afirma que *“Francia es hija de su libertad. En el progreso humano la parte esencial corresponde a la fuerza viva que se llama hombre”*.

¡Viva por siempre Francia! ¡Viva por siempre la ciudad de Cherburgo!, a orillas de una bahía del Canal de la Mancha, ciudad donde nació el hombre que me engendró: mi padre.

GIVERNY. JARDINES DE MONET

Si es verdad que al que madruga Dios ayuda, yo le pido a Diosito que me ayude, por favor, a partir de las diez de la mañana. Soy ave nocturna. Escribo mejor entre ocho y doce de la noche. Estando en mi casa de Madrid, nunca cierro los ojos antes de las dos de la madrugada. Cuando he de mañanear siento pesadez en todo el cuerpo, hasta en las uñas de los pies. En el viaje que estoy describiendo por tierras de Francia los madrugones eran diarios. Y, como Jeremías, yo maldecía el día que el guía nació. El hombre no había leído el libro de Pedro Felipe Monlán *Las mil y una barbaridades*, donde por vez primera se escribió el refrán castizo: “*por mucho madrugar no amanece más temprano*”. El mismo autor anota que el que madruga trabaja día y medio, en cambio, el que tarde se levanta todo el día trota. En una película española de 1932, Ernesto Vilches trastocaba el viejo re-

frán diciendo: *“no por mucho tempranear amanece más madrugue”*.

Pues temprano salimos de París camino de Normandía. Esta región jugó un importante papel en la liberación de Francia durante la segunda guerra mundial. Aquí se rompió el frente alemán. Desde aquí comenzó el avance inmediato hacia el centro y norte de Francia.

Más sobre este importante acontecimiento lo reservo para el próximo capítulo.

Desde el autobús se divisan praderas extensas, rica agricultura combinada con ganadería. El litoral normando es precioso. Dice la historia –o la leyenda– que en el pueblecito de Lisieux vivió Santa Teresa, llamada del Niño Jesús.

Otro pueblecito anclado en el Valle del Sena, Giverny, que ni en los mapas he logrado identificar, tiene fama porque allí vivió y murió uno de los grandes pintores de Francia, Paul Monet, nacido en París en 1840. Murió en 1926.

Monet fue un niño prodigio. A los quince años dibujaba caricaturas que exponía en una librería en El Havre. Otro pintor, Eugéne Boudin, precursor directo de los impresionistas, instalado temporalmente en El Havre, vio las muestras de talento del joven Monet y le indujo a dedicarse a la pintura de paisajes.

En aquellos años Francia ocupaba Argelia, país norteafricano que había invadido en 1830. Monet fue enviado allí como soldado, permaneciendo dos años en el llamado servicio militar. A su regreso a París se relacionó con los más importantes pintores jóvenes de la época: Renoir, Sisley, Brazille y otros. En 1864 se instala en tierra normanda. Pinta sin cesar: *La merienda campestre*, *La terraza en El Havre*, *El vestido verde*, *Mujeres en el jardín*, *La merienda en un interior*. Durante la guerra de 1870 se traslada a Gran Bretaña. Regresa a París y vuelve a dedicarse al paisaje, pintando una y otra vez las márgenes del Sena en Argenteuil. Utiliza una barca que convierte en taller de pintor. Su obra, considerada como revolucionaria, llega a interesar a críticos y amantes del arte. Como consecuencia, su situación económica mejora considerablemente. A partir de 1890 inicia sus famosas series. Un mismo motivo observado a diferentes horas del día. Cuarenta veces pinta la fachada de la catedral de Rouen. Pinta series londinenses y venecianas que le dan fama universal. En los últimos años de su vida, casi ciego, se refugia en Giverny, pintando con frecuencia los nenúfares de su jardín. La serie sobre nenúfares la donó al estado francés en 1923. Tres años más tarde muere contemplando las delicadas flores de su bien cuidado jardín.

El gran regocijo del día lo constituye la visita a la casa y jardines del pintor, enclavados en una calle que

lleva su propio nombre. Rue Claude Monet número 84. Cómo llegó a este rincón de Francia, él mismo lo cuenta: *“Me lancé a la carretera hasta encontrar el lugar y la casa que me convenían”*. Primero se instala en un albergue de Giverny, más tarde compra la casa, posteriormente, un terreno donde diseña y levanta los inmensos jardines que cada día de nueve y media de la mañana a seis de la tarde, reciben la visita de decenas de turistas. Perderse entre aquellos jardines es una delicia. Plantas y deleitosas flores por doquier. Árboles y arbustos de sombra, fuentes, estatuas, arroyos. Aquí los pensamientos se refrescan. Aquí el ser humano se reconcilia con la naturaleza. El susurro del agua, el follaje, el aroma de las flores, todo dispuesto para el amor. *“El jardín de Monet cuenta entre sus mejores obras, constituye una adaptación de la naturaleza a los trabajos del pintor de la luz”*, escribió su amigo Georges Clemenceau, célebre político francés, quien añadió: *“no es preciso saber cómo hizo su jardín. Ciertamente lo hizo tal como sus ojos lo iban concibiendo día a día para la satisfacción de sus apetitos por los colores”*.

Antes de abandonar aquél paraíso, donde destacan los nenúfares que sirvieron de inspiración al maestro, entro en la tienda donde venden recuerdos del lugar y compro dos paraguas con motivos floridos. Regalo uno a mi amigo y conservo otro. Cuando José Luis hizo las

maletas en viaje a Méjico, el paraguas no cabía en ninguna de ellas, de forma que conservo los dos en mi casa de San Fernando de Henares. En mi próximo viaje a Méjico le llevaré lo que es de él.

Dejamos Giverny camino de Rouen, Ruán en francés. Rouen tiene una gran actividad portuaria. Por vía marítima está unida al noroeste de Europa, a América y al norte de África. En la plaza del mercado viejo se conserva la pira donde fue quemada Juana de Arco el miércoles 30 de mayo de 1431.

Sólo una hora para comer. Elegimos un restaurante cerca del puerto. Mi amigo opta por lo clásico en Francia, filete de ternera a la plancha con patatas fritas. Yo me limito a un plato de lo que en el país llaman “moule frit”, pequeños mejillones al vapor con una salsa de aceite, vinagre, cebolla y patatas fritas.

Terminada la comida continuamos carretera adelante por tierras de Normandía.

EL DESEMBARCO EN NORMANDÍA

Normandía. Seis de junio de 1944. Poco después de la media noche se inicia el lanzamiento de tropas británicas Airbone entre los ríos Orne y Dives. Había comenzado la batalla más grande conocida en la Historia de la Humanidad: la invasión aliada de Normandía, al noroeste de Francia.

Siguiente destino en el viaje por Francia que estoy narrando es Arromanches, a 266 kilómetros de París, en el canal de la Mancha. El lugar ha adquirido fama por el puerto artificial que los aliados construyeron al desembarcar la 50 división británica aquél 6 de junio de 1944. En realidad este puerto constituyó la única base para el desembarco aliado en Normandía y a partir del 1 de julio permitió efectuar un tránsito diario de 9.000 toneladas de material. Se le conoce como “Port Wiston”, en honor a Churchill, impulsor de la idea.

El Museo de Arromanches impresiona por su contenido y fascina por la documentación que ofrece, especialmente sobre las playas donde desembarcaron las tropas aliadas: Utah, Omaha, Gold, Juno, Sword. Este museo fue construido frente a la playa de Arromanches, en el lugar exacto donde circulaban en medio de una agitación continua los hombres, equipos y provisiones que llegaban diariamente como refuerzo para los ejércitos liberadores.

El restaurante donde comemos, perteneciente al Hotel Normandie, en la Plaza 6 de junio de 1944, a 50 metros del Museo, coloca en las mesas a modo de mantel individual un detallado mapa impreso en papel fuerte con detalles de las playas y pueblos testigos de la invasión. Pido al camarero dos ejemplares y me los ofrece con amabilidad. Los conservo como recuerdo de aquella jornada.

A pocos kilómetros de Arromanches se encuentra la pequeña localidad de Bayeux. En la mañana del 7 de junio los británicos entraron al pueblo sin disparar un solo tiro. Bayeux fue la primera ciudad liberada de la Francia continental y la única hasta la liberación de Cherburgo, por lo que se convirtió en breve tiempo en un centro neurálgico de gran actividad. Además, durante varios meses Bayeux fue la verdadera capital de la Francia libre. A ese minúsculo rincón del territorio francés

que hasta hoy debe su gloria a la invasión de Normandía se dirigió el general De Gaulle el 14 de junio, pocas horas después de desembarcar en Courseulles: Allí declaró el general la soberanía de la Francia libre.

No nos llevó mucho tiempo fotografiar los monumentos que recuerdan la epopeya. El pueblo es pequeño: Monumento de la Liberación. Monumento conmemorativo británico. Monumento conmemoración de De Gaulle. Monumento de la Deportación. Columna conmemorativa del discurso del 14 de junio de 1944. Estela Sherwood Rangers. Estela Essex Regimiento. Rotonda Eisenhower, con una estatua del general estadounidense en uniforme militar. Cementerio británico. Museo conmemoración de la batalla de Normandía. En el cementerio se cuentan 4.648 tumbas. Frente al cementerio, en un monumento conmemorativo en forma de pórtico están grabados los nombres de 1.808 soldados desaparecidos en aquellas playas.

Aquí, mi amigo mejicano tuvo una de sus ocurrencias: *“¡Tantas tropas para invadir no más una región del país. Esto lo habría hecho Pancho Villa solo con sus dorados valientes”*. ¡Pues no, fíjate!

La invasión de Normandía por tropas aliadas no fue más que un episodio, aunque brillante, de aquella guerra que incendió gran parte del mundo durante cinco largos años, desde la invasión de Polonia por tropas alemanas

el 1 de septiembre de 1939 hasta la rendición de Japón el 15 de agosto de 1945.

La tragedia atómica japonesa, con ser la última y la más catastrófica expresión de la guerra, no alcanzó a eclipsar el pavoroso saldo de aquellos años de batallas: 55 millones de muertos, 35 millones de heridos, 10 millones de desplazados, 3 millones de desaparecidos. Nunca en la historia la población civil sufrió semejantes pérdidas. Nunca se emplearon armas, como la atómica, capaces de destruir a los seres humanos del planeta Tierra.

En tanto que algunos militares han hablado de la poesía de la guerra, la escritora y penalista gallega Concepción Arenal destripa sus horrores en un párrafo estremecedor. Dice: *“la guerra es el hambre, la peste, el robo, el asesinato, el sacrificio, el olvido de todos los deberes, la violación de todos los derechos, la destrucción erigida en arte, el imperio de la fuerza, el verdugo de la ley, el escenario del dolor, las pasiones sin freno, la desolación sin límites, la perversidad sin castigo y el crimen sin remordimiento. ¡Esa es la guerra!”*

Abandonamos las playas de Normandía camino de Caen, en la confluencia de los ríos Orne y Odón. Es capital del departamento de Calvados, en tierras normandas. Tiempo para visitar los museos más destacados: El Memorial de Caen contiene parte de la historia de la ciudad.

Caen fue bombardeada sin piedad en el verano de 1944. Está considerada como ciudad mártir. El Museo de Normandía presenta un panorama de la vida en toda la región desde la prehistoria hasta la alta Edad Media. Museo de iniciación a la Naturaleza, dedicado a la fauna y la flora, animales mamíferos y rapaces. Un paseo por el jardín de plantas salvajes y cultivadas completa la visita. Como en tantas otras ciudades, un pequeño tren turístico recorre los lugares de mayor interés en cuarenta y cinco minutos. Cenamos en un restaurante supuestamente vasco, el Bristol Basque, en el 24 de la calle Venduvre. Dormimos en el Hotel du Chateau, 5 Avenida 6 de junio. Bien. Pero nada del otro mundo. Tres estrellas. Hay más estrellas en el firmamento que cantan los poetas y los músicos.

MONTE SAINT MICHEL

A primera hora de la mañana, con los sueños de la noche anterior todavía instalados en el subconsciente, viajamos hacia la Bretaña francesa, región que se extiende al oeste del país y domina cuatro importantes departamentos. Tiempo atrás Bretaña era considerada un territorio pobre, pero la situación ha cambiado y hoy mantiene un nivel de vida medio alto.

Cuando desde el autobús se divisa cercano el Monte San Michel una exclamación de alegre sorpresa brota de las gargantas. Ante nosotros tenemos una de las maravillas de occidente. San Michel es una pequeña isla unida a tierra por medio de un dique. Este islote rocoso no llega al kilómetro de circunferencia y se alza a 80 metros de altura. El dique insumergible que le une a la bahía fue construido en 1879. En la época de las grandes mareas el espectáculo es maravilloso. La amplitud de las mareas

es la más grande de Europa. La bahía del Monte San Michel está considerada como una de las más bonitas del mundo. Para preservar esta joya, declarada por la Unesco patrimonio cultural y natural de la Humanidad, Francia y otros países europeos han unido esfuerzos en la recuperación del carácter marítimo del Monte.

En los arenales que rodean el Monte desembocan tres ríos, el Sée, el Sélune y el Couesnon. Este último marca la frontera entre Bretaña y Normandía.

He leído que cuando Víctor Hugo divisó por vez primera el Monte San Michel, exclamó: *“Si el paraíso fuera agua estaría instalado aquí”*.

Lo confieso. No creo en leyendas de santos, ni en apariciones de vírgenes, ni en mensajeros del más allá fuera de los que identifica la Biblia en sus dos partes. Pero como lo cuentan lo cuento.

Dicen que el arcángel San Miguel solía aparecer a menudo en Italia, en el Monte Gargano, en el mar Adriático y en Roma. Según el relato, una noche del año 708 (ayer por la mañana) San Miguel se apareció en sueños al obispo de Avranches (municipio cercano al Monte), de nombre Auberto y le ordena que consagre el islote rocoso a su culto. El obispo no da mucha importancia al sueño, pero este se repite. San Miguel insiste. En su tercera aparición introduce un dedo en el cráneo de Auberto. A partir de aquí se producen otros milagros para

convencer al obispo. En la cima del monte aparece un toro robado.

En obediencia al arcángel el obispo envía mensajeros a Italia en busca de objetos sagrados: un pedazo del abrigo que el arcángel llevaba en una de sus apariciones (¿sienten frío los ángeles y arcángeles?) y un fragmento del altar donde se apoyaba (¿tienen cuerpos pesados?). La historiadora Luciën Bèly dice que “la consagración del monte, de la cual no existe documentación alguna, da origen a numerosas leyendas que fascinan a los cristianos y que, posteriormente, alimentan los relatos de los primeros historiadores”.

Por iniciativa del Duque de Normandía, Rolf el Caminante, o Rollón, temible guerrero convertido al cristianismo, se inicia la construcción de una abadía en la cumbre del monte. Poderosos peregrinos comienzan a acudir a San Michel para implorar la protección del arcángel. Aún hoy, la riada de peregrinos procedentes de todo el mundo continúa acudiendo a la Abadía. Una abigarrada muchedumbre, formada por inválidos, enfermos acuden al Monte en busca de salud.

Entre los milagros atribuidos a San Miguel destacan dos relacionados con elementos guerreros. En el siglo XV naves inglesas sitian el Monte confiando que la población se rendiría a causa del hambre. Nobles bretones vencen a las naves inglesas y restablecen el aprovisionamiento

por mar. Los monjes benedictinos que ocupaban la Abadía atribuyeron la victoria a la intervención del arcángel San Miguel.

Otra leyenda cuenta que San Miguel se apareció a Juana de Arco y le dijo: *“Soy Michel, protector de Francia, levántate y apoya al rey de Francia”*. Cuenta Michel de Saint-Pierre que Bernardita de Lourdes, la niña que pretendía hablar con la virgen hacia 1858, al preguntar por su nombre a la aparecida, ésta le respondió: *“Yo soy la inmaculada concepción”*. ¿Cómo pudo decir la supuesta virgen *“yo soy la inmaculada concepción”*, si esas palabras eran la definición dogmática que llevaba entre manos el Papa Pío IX? En el peor de los casos debió haber dicho *“yo soy la inmaculada concebida”*. Siempre el mismo engendro del mito y de la superstición.

La misma fábula sobre la aparición del Arcángel al obispo Auberto.

El mismo cuento de San Miguel a Juana de Arco.

He escrito lo que se dice del Monte San Michel y de la Abadía instalada en su cumbre. El lector es libre de separar los datos históricos de los fetichistas o creer en ambos. Por mi parte lo tengo claro.

Durante la Revolución Francesa San Michel fue utilizado como lugar de castigo para presos políticos. Una cárcel. La misma comunidad monástica era la encargada de vigilar a los presos. Estuvo considerado como “la Bastilla

de los mares”. Los presos más culpables eran encerrados en calabozos húmedos y oscuros. Algunos lograban escapar, como el pintor Colombat, que con un clavo salvado de un incendio logró abrir un hueco en un muro. Un cómplice le pasó una cuerda en un pan y llegada la noche se deslizó por la muralla. Su evasión lo hizo célebre en todo el país.

Víctor Hugo recuerda la trágica suerte de éstos hombres en un texto a la vez naturista y delator: *“a nuestro alrededor, hasta que la vista alcanza, el espacio infinito, el horizonte azul del mar, el horizonte verde de la tierra, las nubes, el aire, la libertad, las aves volando alto, los barcos a toda vela y, de repente, sobre una cresta de viejos muros por encima de nosotros, la pálida figura de un preso”*.

El Monte San Michel tiene prácticamente una sola y larga calle que conduce desde la entrada hasta la Abadía. A un lado y otro de la calle va creciendo una villa con bares, cafeterías, pequeños restaurantes y muchas tiendas donde venden recordatorios, insignias de peregrinaje, conchas o broches de plata y mil artículos propios de estos lugares “santos”, como en la francesa Lourdes, como en la portuguesa Fátima, como en el entorno de la Pilarica maña, como en tantos otros “santuarios” del orbe católico.

La calle es de subida continua. Quienes deseen ver todo el recinto, cuya extensión tiene menos de un kilómetro, disponen de un autobús gratuito, “Le Passeur”,

con capacidad para 75 plazas, con un diseño especialmente concebido para el Monte.

Salimos del Monte San Michel vía San Malo, con sus potentes murallas construidas para defender la ciudad; pasamos por Dinan, a orillas del río Rance, que conserva otro cerco de murallas de los siglos XIII y XIV y caída la noche llegamos a Rennes, capital de la Bretaña, con su abigarrado centro histórico. Rennes está considerada como ciudad eminentemente intelectual, eclesiástica y monumental.

De hecho, toda Francia es un monumento.

ANGERS, TAPIZ DEL APOCALIPSIS

MÁS GRANDE DEL MUNDO

Angers, a 294 kilómetros de París, junto al río Maine, fue antigua capital de Anjou en el departamento del Loira. Cuenta la Historia que en el siglo XII los condes de Anjou ya poseían casi todo el sureste de Francia (¡gloria a la revolución francesa!). Durante la segunda guerra mundial, como casi todo el país, sufrió varios bombardeos. A pesar de los riesgos a los que estaba sometida, a la ciudad le cupo el honor de cobijar al gobierno polaco en el exilio.

En Angers está ubicado uno de los grandes castillos del Loira, a los que me referiré en otra ocasión. Dicen quienes saben de esto que los muros originales datan del siglo tercero. El muro galo-romano, de 5 metros de espesor en la base y 3 en la cima, existía ya en el siglo IX.

Los citados condes de Anjou edificaron sobre las viejas construcciones en los siglos X y XI un torreón, un recinto y una capilla. En el siglo XII Geoffroy añade 5.000 metros a las construcciones existentes. En 1232 el rey Luis IX llega a Angers. Enamorado del lugar, ordena la terminación del castillo. La obra parece concluida hacia el año 1240. Con el paso del tiempo el castillo de Angers fue ciudadela, guarnición y cárcel.

Aún cuando el castillo de Angers es una maravilla arquitectónica en sí mismo, su principal atractivo, motivo que lleva al año muchos miles de turistas, es el famoso tapiz del Apocalipsis. Está considerado como el más grande tapiz existente en el mundo, con una longitud de 140 metros y una superficie de 850 metros cuadrados. Está formado por 6 piezas individuales, cada una de 23 metros de largo y 6 metros de alto. Cada pieza se compone de catorce escenas inspiradas en el último libro de la Biblia.

La composición de este tapiz se le ocurrió a Luis primero de Anjou en el siglo XIV. El año 1373 encargó a Nicolás Botaille la realización de un tapiz con escenas del Apocalipsis que fuera obra única. Este encomendó la tarea a uno de los grandes pintores de la corte, Jean Bondol, conocido como “Hennequin de Bruges”. Los trabajos comenzaron en 1380 y finalizaron dos años después. Luis II de Anjou mandó transportar el tapiz a la ciudad

de Arles, a la orilla izquierda del Ródano. Quiso sorprender a sus invitados con motivo de su boda con Yolanda de Aragón el año 1400.

En marcha la Historia, en 1782, víspera de la Revolución Francesa, los canónigos pusieron en venta el tapiz. Para su humillación no hallaron un comprador y la obra de arte quedó arrumbada en un depósito de objetos religiosos que nadie quería. La Ley de separación entre Iglesia y Estado impuesta en Francia en 1905 obligó al clero a entregar al Estado todos sus bienes. Como hizo Álvarez Mendizábal en la España del siglo XIX, como hizo Benito Juárez en el México del mismo siglo, como deberían hacer hoy, ahora, todos los gobernantes del mundo con todas las religiones; con todas.

Ya en posesión del Estado, el tapiz del Apocalipsis fue trasladado al castillo de Angers. En 1952 se construyó una sala lo suficientemente grande para albergar la famosa pintura. Dos años después el tapiz queda definitivamente instalado. Entre 1993 y 1996 el arquitecto jefe de los monumentos históricos de Francia, Gabor Mester de Parajd, da nuevos toques a la galería a fin de conservar la pintura de cualquier tipo de erosión.

Ha quedado escrito que el tapiz está formado por seis grandes piezas de 23 metros de largo y seis metros de alto.

En el lenguaje corriente Apocalipsis da idea de catástrofes, ruinas, fin de los tiempos. Pero el original griego define apocalipsis como revelación, sustantivo inspirado en el primer versículo del libro. Aludiendo al apóstol San Juan, el texto dice así: *“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan”* (Apocalipsis 1:1).

El primer lienzo representa a Cristo en medio de los siete candeleros de oro y a Dios en su majestad acompañado de veinticuatro ancianos. Fielmente reproducidos están los “cuatro seres vivientes” del capítulo cuatro, representando a los cuatro autores de los Evangelios, según la interpretación clásica: El hombre a Mateo; el león a Marcos; el becerro a Lucas y el águila a Juan. Otra escena muestra a Juan llorando y al León de Judá en forma de cordero, vencedor absoluto y eterno.

El segundo lienzo traslada las imágenes a las alturas celestiales. De hecho, todo el Apocalipsis desarrolla su contenido en el cielo. El pintor evoca aquí las siete trompetas del capítulo 8, anunciadoras de tribulaciones. La multitud de los elegidos coronados de palmas que anticipa los acontecimientos anteriores dan una imagen impresionante a la tela.

El tercer lienzo dedica amplio espacio a la bestia que tiene referencias en el Apocalipsis desde el capítulo

11 al 20. El pintor mantiene en su obra la tesis de que la bestia es el imperio romano, no el Vaticano, como han interpretado algunos expositores del libro. Impresionante el cuadro de la mujer vestida del sol (12:1), que el capricho del artista identifica con la Virgen María. A su lado, la gran batalla del arcángel Miguel y sus ángeles luchando contra el dragón, serpiente antigua también llamada diablo (12:7-9).

El cuarto lienzo es, según los contemplé todos, el más poblado de imágenes. Los hombres adorando al dragón (13:3-4). El número de la bestia, 666, tan manido desde entonces a nuestros días. El Cordero en pie sobre el monte de Sión y con Él 144.000 (14:1). La gran Babilonia, ciudad prostituida, imagen de Roma (capítulos 14, 16, 17 y 18). Por oposición, el pintor destaca en lugar preferente la viña de la tierra que echa uvas en el lagar de Dios (14:19) y el río limpio de agua viva, figura del bautismo de la Gracia (22:1).

El quinto lienzo reprende y precisa las terribles plagas anunciadas por las trompetas. El castigo final comienza. El artista vertió su mejor talento al plasmar en el lienzo la literatura de los ángeles que San Juan describe en los capítulos 14,15 y 16 del enigmático libro. El primer ángel derrama su copa sobre la tierra y provoca una úlcera maligna. El segundo derrama la copa sobre el mar y las aguas se convierten en sangre. También se convierten

en sangre las aguas de los ríos cuando el tercer ángel derrama su copa. El cuarto ángel derrama la copa sobre el sol y quema a los hombres con fuego. La copa que derrama el quinto ángel cubre de tinieblas el reino de la bestia. El sexto ángel se acerca a tierra de Irak, donde algunos sitúan el paraíso, y derrama su copa sobre el río Éufrates. Copio literalmente: *“El séptimo ángel derramó su copa por el aire; y salió una gran voz del templo del cielo, del trono, diciendo: Hecho está”* (16:17).

Todas estas bellas y a la vez terroríficas imágenes agigantan la figura del pintor. Reproduce las cosas que tiene delante escritas en libros, aún sin comprenderlas. Divina pintura –decía Menéndez Valdés– ilusión grata de los ojos y el alma.

En el sexto y último lienzo de este enorme tapiz, el artista pinta la victoria final. Babilonia en ruinas. Jinete montado sobre un caballo blanco seguido por ejércitos celestiales *“vestidos de lino finísimo, blanco y limpio”* (19:14). La muerte y el Hades son lanzados al fuego. Resurrección. El tabernáculo de Dios con los hombres. El triunfo de Dios y del Cordero. La nueva Jerusalén que descende del cielo *“dispuesta como una esposa ataviada para su marido”*. La raíz y el linaje de David, Cristo, estrella resplandeciente de la mañana, deliciosamente reproducida en la tela, ajustando en el mejor orden los pensamientos, las formas y los colores.

Lo repito para quien le interese. Sólo para contemplar este lienzo sobre el Apocalipsis, del que he ofrecido aquí pocas y pálidas imágenes, único en el mundo, merece la pena una visita al castillo de Angers, desde cualquier lugar de la tierra.

A la salida, no muy lejos, están los restaurantes siempre dispuestos a servir pequeños mejillones al vapor, con salsa de aceite, vinagre y cebolla, acompañando el plato con abundantes patatas fritas, cortadas finamente. Y vaso de vino blanco de la tierra, muy frío.

AMBOISE, LA TUMBA DE LEONARDO DA VINCI

Amboise es una pequeña ciudad situada en la ruta Orleans-París, en la confluencia de los ríos Masse y Loira. En su suelo tuvieron lugar acontecimientos políticos y militares que el común de las personas ignora. Amboise fue residencia favorita de reyes franceses desde la segunda mitad del siglo XV hasta el siglo XVIII. Carlos VIII, quien nació y murió allí, mandó llevar artistas de Italia para embellecer la ciudad.

Nobles hugonotes protestantes tramaron secuestrar a Francisco II, dar muerte a los conservadores católicos de la corte e instalar en el poder al príncipe protestante Luis Condé. La trama fue conocida en Francia como *“el complot de Amboise”*. Si bien en la Historia han quedado muchas lagunas es creencia que Calvino se opuso a la

aventura bélica. Fracasado el complot, sus principales cabecillas fueron ahorcados. Condé fue condenado a muerte y se salvó a casusa del fallecimiento de Francisco II.

Los hugonotes de aquella Francia tampoco eran unos angelitos.

Pacificada la región en marzo de 1563 se procedió a la firma de un edicto entre Catalina de Médicis y el príncipe Condé por el que se concedía libertad para practicar el culto protestante a la alta nobleza que había abrazado los principios de la Reforma.

Hoy día, la principal atracción que tiene Amboise, único motivo que lleva todos los años a miles de turistas a la ciudad, es su imponente castillo.

Amantes de los castillos saben que los más importantes construidos en Europa están en Francia, en la región del Loira. Existe un viaje turístico organizado conocido como la ruta de los castillos, a mi modo de ver mucho, muchísimo más interesante y atractiva que el camino de Santiago. Entrando en internet o preguntando en cualquier agencia de viaje se puede tener información sobre la ruta, que incluye nada menos que veinticuatro castillos, unos más seductores que otros.

Aunque la ruta se conoce como castillos del Loira, la región de los castillos se extiende por tres antiguas provincias; el Orleanesado, Turen y Anjou, bajando hasta el norte del Berry. Una cita de Voltaire refiere que *“los*

castillos del Loira no serían lo que son sin el cielo, el paisaje, el terruño: bosques abundantes de caza para las reales cacerías, que suministraban la madera a constructores, carpinteros, carreteros, y el pasto a los rebaños. Planicies calcáreas que proveían a los canteros el material necesario para los castillos”.

El castillo de Ambloise, conocido como le Chateau de Cloux, fue construido a partir de 1477 por Etienne le Loup, personaje en la corte de Luis XI. Lo hizo sobre bases que existían desde el siglo XI. Se encuentra en un alto de la ciudad. En sus aposentos vivieron personajes de la realeza francesa como Carlos VII, Luis XI, Carlota de Saboya y sus hijos, Luis XII, Francisco II, Luis XV y otros personajes coronados de padres a hijos, sin más méritos que el de la herencia. Eso ha sido siempre y sigue siendo la monarquía. Palabras de Víctor Hugo: *“Bossuet escribió sin pestañear: ‘Dios tiene en su mano el corazón de los reyes’. Eso no es cierto, por dos razones: Dios no tiene manos, ni los reyes tienen corazón”.*

Aquí, en el castillo de Amboise, está enterrado Leonardo Da Vinci, el genio, el personaje más enigmático de toda la historia del arte y del pensamiento, considerado por los críticos e historiadores como la personalidad más compleja e importante del Renacimiento.

Descubrir a estas alturas del tiempo la figura de Leonardo Da Vinci es tarea vana, por ser un personaje

sobradamente conocido. De las biografías existentes sobre el genio que he examinado en distintas etapas de mi vida me quedo con las escritas por el alemán Richard Friedenthal titulada simplemente *Leonardo da Vinci* y con la del español Luis Racionero, *Da Vinci y su obra*.

Leonardo nace el año 1452 en Vinci, cerca de Florencia. El padre ejercía de notario y la madre, Caterina, una campesina. Tenía 17 años cuando el padre lo confió a un maestro de la pintura y la escultura. Tres años después, terminado el aprendizaje, ingresa en el gremio de pintores florentinos. El genio ya despuntaba en las artes. A 1473 pertenece el primer dibujo cuya autoría está certificada, un paisaje del Arno, río de la Italia central, en la Toscana. Veinticuatro años tiene cuando es acusado junto a otros jóvenes de mantener relaciones homosexuales. La justicia le hace y Leonardo sale absuelto. Entre 1479 y 1481 pinta sin cesar: *“Bautismo de Cristo”*, *“Bandini”*, quien fue el asesino de Giulano, *“La adoración de los magos”*. Da Vinci desarrolla en su pintura unos modos propios. El estilo y la sutileza florentina habían influido en el joven artista.

Hacia 1482 gobierna en Milán Ludovico Sforza, llamado, no se sabe por qué, el Moro. Leonardo se traslada a la capital de la Lombardía, segunda ciudad de Italia y presenta al gobernador de la ciudad una lista de inventos y proyectos. Está creciendo el artista de quien dijo el

filósofo francés Hippolyte Taine: “Quizá no exista en el mundo otro ejemplo de una genialidad tan perfecta y creativa, ansioso por alcanzar lo infinito y dotado de un refinamiento natural”.

En Milán Da Vinci realiza proyectos para la catedral, pinta a la amante de Ludovico el Moro, Cecilia Gallerani y realiza estudios anatómicos. En el convento de los dominicos de Santa María delle Grazie pintó una de sus obras maestras, “*la última cena*”, de la que el norteamericano Dan Brown escribió un amasijo de disparates en el bodrio literario que publicó con el título *El código Da Vinci*. La ignorancia y el interés desmesurado de la gente por lo oculto permitieron la venta de varios millones de ejemplares.

De Milán Leonardo se traslada a Mantua y luego a Venecia. Aquí presenta al Consejo de la República proyectos para la guerra naval contra los turcos, equipos de buzo, bombas incendiarias y otros artilugios.

En 1501 lo vemos de nuevo en Florencia realizando estudios de geometría. Más tarde entra al servicio del militar y político italiano de ascendencia española Cesar Borgia. Este fue nombrado cardenal por su padre, el papa Alejandro VI, pero abandonó la carrera eclesiástica y se inclinó por la militar.

Cumplidos 53 años Leonardo Da Vinci se dedica a diversas actividades que aumentan su fama. Experimenta

con el vuelo de los pájaros, cuestiones arquitectónicas, construcciones de canales. Realiza estudios sobre geología, geografía, circulación atmosférica y botánica. Publica un tratado de anatomía. Dibuja visiones catastróficas. Pinta mucho: la famosa Gioconda, Santa Ana, La Virgen y el Niño, San Juan Bautista, la Virgen de las Rocas.

¿Cuándo duerme, si es que duerme? Leonardo está ya considerado como una especie de mago.

El rey de Francia Francisco I, gran protector de las artes y las humanidades, pide a Da Vinci que se traslade a Francia. Lo instala en el castillo de Amboise. Aquí lleva a cabo proyectos de urbanismo y drenajes de terreno. Tras enfermar de gravedad muere el 2 de mayo de 1519. Sólo tenía 67 años. Dicen que lloró en su lecho de muerte por haber ofendido a su Creador y a los hombres de este mundo al no haber trabajado en su arte como era preciso.

En el castillo de Amboise muestran la estancia donde el pintor vivió feliz los tres últimos años de su vida. La habitación que ocupó mantiene la chimenea decorada con el escudo de Francia. Cama renacentista con baldaquines. Bargueños italianos de los siglos XVI y XVII. Un tapiz de Aubrusson, una banqueta de madera esculpida. En la vitrina un retrato de Santa Catalina de Alejandría pintado por uno de sus discípulos, Bernardino Luini, y otros objetos.

Bajando por el parque a la derecha está el “jardín Da Vinci”; espacio amplio, único, poblado de plantas naturales y de una vegetación que Leonardo pintó en sus dibujos, croquis y cuadros.

Mi amigo José Luis, gran amante de la literatura, pasión que compartimos, compra y me regala un libro titulado *Los pensamientos de Leonardo Da Vinci*. Precioso. Busco el capítulo dedicado a la religión y leo: *“El alma no puede estar nunca afectada por la corrupción del cuerpo”*.

“Si esta envoltura externa del hombre te parece maravillosamente elaborada, considera que no es nada ante el alma que la ha formado”.

“Ciertamente, quienquiera que sea el hombre, siempre incorpora algo divino”.

“Yo te obedezco, ¡oh Señor!, primero a causa del amor que razonablemente te debo profesar y después, porque tú sabes acortar o prolongar la vida de los hombres”.

“El soplo de la divinidad contenido en el arte del pintor transfigura su espíritu en reflejo del espíritu divino”.

OTROS CASTILLOS DEL LOIRA

Dejamos Amboise y el autobús recorre pocos kilómetros hasta Chenonceaux, villa pequeña en el departamento central de Francia, en la margen derecha del río Cher. Durante la segunda guerra mundial sus escasos habitantes sufrieron fuertes bombardeos de la aviación alemana.

Si alguna fama tiene Chenonceaux le viene del castillo que alberga. Fue construido en 1515 por Thomas Bohier, entonces ministro de finanzas de Normandía. Su arquitectura está entre el gótico y el renacimiento. En viajes turísticos organizados por países católicos uno se cansa de ver catedrales y otros templos mayores, como cansan también las pagodas que abruma al visitante en

regiones de Asia. Pero los castillos del Loira no cansan. Todos son distintos. Cada uno tiene una historia particular. Además, si los claustros aburren, uno puede salir a los grandes jardines, disfrutar de la naturaleza, las flores y las plantas, tomar el aire, respirar, cosa imposible entre las lúgubres paredes de una catedral, una pagoda, una mezquita o una sinagoga.

El jardín Diana de Poitiers tiene ocho grandes triángulos de césped, decorados con toda clase de flores. Las terrazas alzadas, que protegen el jardín de las crecidas del río, están adornadas con maceteros y arbustos de especies varias.

El jardín Catalina de Médicis, más íntimo, es la imagen misma del refinamiento. Está diseñado en cinco paneles con césped alrededor de un estanque redondo. Rosales arbustivos y cordones de lavanda dibujan un armonioso trazado.

La granja es un soberbio conjunto del siglo XVI. El edificio central acoge el taller floral en el que todo el año trabajan dos floreros.

Está también el vergel de las flores, que ocupa más de una hectárea. Una decena de jardineros cultivan aquí las flores necesarias para la decoración floral del castillo, con más de 400 rosales.

Al castillo de Chenonceaux le llaman castillo de las señoras. Aquí vivió Diana de Poitiers, favorita del rey En-

rique II, mujer bella e inteligente. Dijo el gran escritor humorista Noel Clarasó que la mujer prefiere la belleza a la inteligencia, porque sabe que los ciegos son muchos menos que los estúpidos.

En este castillo vivió Catalina de Médicis, viuda de Enrique III. La italiana embelleció aún más los jardines y continuó mejorando la arquitectura.

En este castillo vivió Luisa de Lorena cuando murió su marido el rey Enrique III. Luisa se retiró a Chenonceaux de riguroso luto blanco, como imponía la etiqueta de la corte. Vivió medio encerrada en el castillo, entregada a obras de caridad, rezos y lecturas.

En este castillo vivió Louise Dupin, aristócrata, intelectual, célebre representante del Siglo de las Luces. Dupin amenizaba tertulias literarias a las que invitaba a escritores, filósofos, poetas. Desplegando toda su inteligencia supo salvar el castillo del vendaval político que desencadenó la Revolución Francesa.

En este castillo vivió Marguerite Pelouze, nacida de familia burguesa. Convirtió parte del castillo en teatro de sus fastuosos gustos. Un oscuro asunto político la arruinó. El castillo fue vendido y revendido hasta principios del siglo XX.

En fin, en este castillo vivió Simone Menier, fallecida en 1972. Durante la primera guerra mundial, 1914-1918, el castillo fue bombardeado. Simone Menier,

convertida en enfermera jefe, administró el hospital instalado en sus galerías. Hasta 1918 fueron atendidos 2000 heridos. En la segunda guerra mundial, 1939-1945, Simone Menier jugó un importante papel en la resistencia de los franceses frente a los alemanes.

Los aposentos que ocuparon éstas seis mujeres son mostrados hoy a los visitantes.

En la puerta de roble que da acceso al castillo hay una cita en francés de quien inició la construcción del mismo que, traducida al español, dice: “Si consigo construir Chenonceaux se acordarán de mí”.

Nos acordamos, desde luego. Imposible olvidar semejante maravilla del genio humano.

Salimos de Chenonceaux y nos dirigimos a Chambord, en la margen izquierda del río Casson, al este de Blois. Parque nacional y reserva de caza. Su famoso castillo, con 440 habitaciones, es el más grande de los que existen en la región del Loira.

Libros que explican la Historia de Francia llaman al castillo de Chambord Palacio Real. Y es un palacio. Pensado inicialmente como albergue de caza, el rey Francisco I, apasionado de la caza, emprendió la construcción del palacio en el siglo XVI. La arquitectura del palacio lo hizo en todo punto desmesurado: 156 metros de longitud, 56 metros de altura, 77 escaleras, 282 chimeneas, 440 habitaciones. El material utilizado en su construc-

ción fue extraído principalmente del Valle del Loira. Francisco I sólo pasó 72 días en Chambord, no obstante haber reinado 32 años. A su muerte no vio la colosal obra terminada. Su hijo Enrique II y Luis XIV, ambos también aficionados a la caza, dieron a Chambord el aspecto que hoy tiene.

Reyes, ministros, condes, duques, aristócratas sin títulos, poetas, filósofos y escritores famosos habitaron el castillo. La corte de Luis XIV se desplazó allí regularmente entre 1668 y 1685. Su sucesor, Luis XV fue otro asiduo del lugar. Durante 8 años hospedó allí a su suegro, rey destronado de Polonia. El palacio fue ofrecido por Napoleón al mariscal Berther y vendido por la viuda de éste. Fue adquirido por suscripción popular y ofrecido al conde de Chambord. Desde 1930 pertenece al Estado francés, adquirido a los herederos del Conde de Chambord.

El conjunto, único en Europa, está inscrito en la lista del patrimonio Mundial de la Humanidad por la Unesco. En la sala audiovisual se proyecta una película de 15 minutos que muestra la historia de la construcción del castillo. El documento audiovisual tiene textos en francés, inglés e italiano. ¿Por qué no en español, si este idioma lo hablan quinientos millones de personas? Yo me aferré al texto francés, mi segundo idioma, pero mi amigo José Luis, quien no pasa de la lengua mejicana, se quedó de plano.

El parque es algo excepcional. Lo compone un recinto cerrado de 32 kilómetros de longitud, con una superficie equivalente a París, 5.440 hectáreas. Está considerado el mayor parque forestal de Europa. A lo largo de senderos marcados existe un paseo abierto al público de 800 hectáreas. Tan descomunal bosque fue mandado a construir por reyes franceses sólo para satisfacer sus apetencias de matar animales.

La ambición de los reyes jamás ha conocido límites. Cuando el pueblo vivía pobremente y sin derechos reconocidos, cuando algunas voces de protesta se alzaban tímidamente, Luis XIV pronunció aquella orgullosa y prepotente frase: “el Estado soy yo”. Doy la razón y mi apoyo al historiador belga François Laurent cuando en el cuarto tomo de su monumental HISTORIA DE LA HUMANIDAD describe la insolencia y crueldades de los reyes, los derechos de caza, la nobleza hereditaria que engorda con las sinecuras. Con la Revolución Francesa –añade– “nació una nueva vida filosófica y política y los sacudimientos que trajo se comunicaron con increíble rapidez de la cabaña al palacio”.

LA SIMA DE PADIRAC

Después de Chambord viajamos hacia el centro de Francia. Argentón, pequeña y encantadora ciudad de origen medieval a orilla del río Creuse, con parques de flores que rivalizan con los de Alencón, unos 30 kilómetros más allá. De aquí continuamos la ruta y hacemos parada en Padirac, en la meseta calcárea de Gramat, considerada como uno de los parajes turísticos de Francia.

José Luis y yo entramos en una nueva aventura: La Sima de Padirac. Estas simas constituyen hendiduras naturales y profundas que se forman bien por disolución o por hundimiento de la bóveda de las cavidades caúsicas.

La Sima de Padirac está considerada como una de las más importantes de Europa. Sus dimensiones son descomunales. 103 metros de profundidad a partir

del río, la altura de la bóveda en la sala del Gran Domo alcanza 94 metros. Embarcaciones manejadas hábilmente por las curvas y rincones del río, con capacidad para 11 personas, más el guía, conducen al visitante en un viaje de agua que dura hora y media. Esta experiencia me recordó la vivida en las cataratas Pagsanjan, en Filipinas, donde expertos remeros conducen a las personas que se atreven al desafío en pequeñas embarcaciones a través de la jungla hasta llegar a las cataratas. Este viaje dura dos horas. Uno desciende de la barca con la ropa empapada. Pero la aventura merece la pena.

La Sima de Padirac tiene su historia: Durante la guerra de los Cien Años el pueblo de Padirac fue arrasado por los ingleses. Se cree que una parte de la población se refugió en la Sima. Sigue la historia- o en este caso la leyenda- que ingleses derrotados escondieron un tesoro en la piel de un ternero en el fondo de la sima. Eduardo Martel, espeleólogo francés, uno de los precursores de las exploraciones subterráneas, también considerado como el fundador de la espeleología, hacia 1887 compró el pozo de Padirac. En el contrato de venta figuraba una cláusula que obligaba a Martel a entregar la mitad del tesoro a los antiguos propietarios, en el caso de ser encontrado. Esto nunca ocurrió. Los ingleses no van escondiendo tesoros así como así. De la India se llevaron a Londres muchos tesoros ya existentes, no escondidos.

Entre 1865 y 1870 se organizó una expedición para bajar al fondo de la sima. Los resultados no fueron los esperados. Fue hacia 1889 cuando el ya mencionado Eduardo Martel se involucró en las exploraciones. El famoso espeleólogo descubrió en la base del pozo 75 metros de profundidad, una apertura por la cual tras un descenso de 28 metros alcanzó el río y las galerías subterráneas. Ya en pleno siglo XX, 1938-1969, se organizaron nuevas expediciones y se exploraron más de 40 metros de galerías. Reseñando este portento de la naturaleza, Eduardo Martel escribe: *“Como en las cuevas más famosas, estamos deslumbrados ante tal maravilla, el revestimiento brillante de las estalactitas cubre las paredes; aquí se admiran el relieve o las hileras de los ornamentos más elegantes, extraños bajo-relieves de carbonato cálcico reluciente, esculpidos por la naturaleza: ramos de flores, pilas de agua bendita, hojas de acanto, estatuas, doseles, consolas y pináculos de cristal blanco y rosa destellan en las bóvedas”*.

En la gran sala del Domo abordamos una pequeña barquita –11 personas– e iniciamos el recorrido del río subterráneo. Esta sala, se cuenta, *“es una de las más altas y más bellas cavernas que se conocen en el mundo”*. En el río estamos a 1.100 metros de profundidad a partir de la entrada. El río principal de Padirac tiene unos 16 kilómetros de largo. Sólo 9 de ellos están disponibles para el visitante que lo navega.

Dice Salomón que todos los ríos van a la mar y la mar no termina de llenarse. Los ríos son caminos que marchan por sí solos. La tierna poetisa (no poeta) Dulce María Loynar, nacida en Cuba y residente en España largos años, evoca y suspira:

*Quien pudiera, como el río,
ser fugitivo y eterno:
partir, llegar, pasar siempre
y ser siempre el río fresco.*

Navegar por aquellas aguas bajo la montaña, el silencio sólo interrumpido por el caer de suaves gorgoteos, es un relajamiento para el cuerpo, un flujo celestial para el espíritu, un espectáculo fascinador para la vista.

Terminado el paseo por el río había que subir a la superficie. Dos opciones: patear 455 peldaños bien señalizados o tomar un ascensor. José Luis, andarín y deportista, optó por los escalones. Yo, menos aventurero y de más peso, me incliné por el ascensor. El llegó tan fresco a la cumbre de la sima. ¡Qué envidia!

Abandonamos Padirac camino de Limoges, capital mundial de la porcelana. El guía nos lleva a una pequeña fábrica donde muestran cómo la trabajan. Una sala está dedicada a la venta de todo tipo de figuras de porcelana. Normal. Como en todos los centros turísticos. Al turista

que desembarca en Palma de Mallorca lo conducen a un lugar donde trabajan las perlas majoricas. Los conductores de autobuses siempre tienen comisiones por las ventas. Recuerdo un viaje a Japón. El día después de la llegada, visita a la ciudad. Nos guiaba una joven japonesa guapa, simpática, conversadora. Al final de la jornada decidió enseñarnos una pequeña factoría donde trabajaban el oro. Recuerdo que todos, o casi todos los del grupo, eufóricos, compraron piezas talladas en oro. Días después escuché algunos lamentos. Se quejaban de que la guía los había engañado. No. No hubo engaños. Ellos eran personas con poca experiencia en la rica aventura de viajar.

Otro cuadro, que no me resisto a silenciar. Llegamos a Moscú; el guía, hombre honrado, advirtió al grupo que no cambiaran las pesetas de entonces que llevaban en ningún lugar excepto en los Bancos autorizados. Aquella noche coincidí en la mesa del comedor con un joven matrimonio catalán. Los dos estaban felices, eufóricos. Me dijeron que habían cambiado casi todas las pesetas que llevaban en el mercado negro. Le habían dado tres veces más que en el Banco. Inmediatamente intuí el engaño. Llamé al maitre del comedor, pedí al catalán que le enseñara los rublos: eran falsos. Perdieron sus pesetas. Se levantaron y se fueron sin terminar de comer. Al día siguiente los vi discutiendo aún. Ella lo culpaba a él. Si

pidieron dinero a España, no lo supe. Ni me importó. Pensé que aquella pareja acabaría en divorcio. Ya lo advierte el refrán: *“La avaricia rompe el saco”*.

Dormimos en Limoges y al día siguiente emprendemos rumbo a Burdeos. Pasamos por pueblos llenos de encanto, de esos de los que dijo Becquer que han sido y serán siempre los poetas de las edades y de las naciones. Pueblos en forma de estrella, Chalus, Brantome, casas alineadas, casas separadas, tierras cultivadas, gentes en calles, terrazas y bares. Una parada en Perigueux. Esta ciudad sufrió grandes desastres durante la guerra de los Cien Años y luego por la ocupación protestante de 1575 a 1581, en el curso de las guerras de religión. Nosotros no estuvimos allí, nada tuvimos que ver con aquello, así que entramos a un bar y tomamos un par de cervecitas acompañadas con queso de la tierra.

Atravesamos Libourne y llegamos a Burdeos, a orillas del río Garona. Burdeos, con unos 300.000 habitantes, es la capital del vino. El vino de Burdeos es famoso en todos los países donde se bebe el delicioso caldo inventado, dice la Biblia, por Noe el borracho.

Nos hospedamos en el Novotel Centro. Atardecía. Preguntamos por un lugar típico para cenar y nos enviaron a una zona, en la parte vieja, con calles atestadas de gente joven, comiendo y bebiendo en las terrazas, bares de tapas que a mí me recordaron la zona madrileña de

Malasaña y los tugurios en torno a las cuevas de Luis Candelas. Nos gustó. Nos integramos en el ambiente y comimos de esto y de aquello, con algunas copitas, pocas, del vino de la tierra.

No habían dado las diez de la noche en los relojes públicos cuando ya estábamos en nuestras respectivas habitaciones del Novotel. José Luis se entretuvo –según me dijo– en la televisión. Mi entretenimiento fueron dos horas leyendo el segundo tomo del Diccionario Filosófico de Voltaire.

Mañana nos esperan casi 600 kilómetros de carretera hasta París.

PARÍS (I)

La frase “*París bien vale una misa*” hay autores que la atribuyen a Ernesto Hemingway. Falso. El autor de *El viejo y el mar* pasó temporadas en la capital de Francia como corresponsal de prensa y allí escribió algunas de sus obras, como *Tres cuentos y diez poemas*, su primer libro. Pero “*París bien vale una misa*” lo dijo en el siglo XVI el rey francés Enrique IV. Este rey, que lo fue también de Navarra, primero de los Borbones, profesaba el protestantismo; abjuró en 1593 y abrazó la fe católica. Cuando uno de sus cortesanos le preguntó por qué habiendo sido protestante acudía a templos católicos para participar en la misa, el monarca le replicó: “*París bien vale una misa*”, significando que reinar en Francia justificaba el cambio de religión.

José Luis y yo dejamos temprano las habitaciones que ocupábamos en el Novotel de Burdeos y montamos

en un autobús rumbo a París, distante 600 kilómetros. Fue el recorrido más largo de esta crónica viajera a la que quedan pocas páginas. El conductor del autobús enfiló la amplia autopista hacia la capital del país. Pasamos Poitiers, situada sobre un promontorio escarpado. La ciudad conserva algunos restos romanos y huellas de la batalla que a mediados del siglo VIII liberaron los caudillos árabes contra los habitantes de la ciudad. Cruzamos Orleans, en la orilla derecha del Loira, donde el río se acerca más al Sena. Orleans estuvo a punto de ser la capital de Francia bajo los primeros Capetos, dinastía que reinó en Francia desde finales del siglo X a principio del XIV.

Algo más de media tarde era cuando bajamos nuestras maletas en el Novotel situado en el número 1, Avenida de la República, relativamente céntrico. Habitaciones confortables y cafetería abierta hasta las dos de la mañana.

¡Ya estamos en París! Víctor Hugo, entusiasmado por el esplendor de la ciudad que conocía bien, la definió en el siglo XIX con este bello párrafo en su obra *Literatura y filosofía en conflicto*: “París es sinónimo de cosmos. París es Atenas, Roma, Sibaris, Jerusalén, Pantín. Todas las civilizaciones resumidas, todas las barbaries también”.

Un poco de Historia para quienes la desconozcan, saltando sobre las pirámides de los siglos.

París surgió de la instalación de la tribu céltica Parisisi en una isla del río Sena. Hacia el año 52 antes de Cristo cayó en poder de los romanos, quienes le dieron el nombre de Lutetia. Un lujoso hotel de la capital, donde en el verano de 1961 se fundó Amnistía Internacional, en cuya fundación participe, ostenta hoy día este nombre. En el siglo IV, tras resistir la invasión de Atila, cambió el nombre de Lutetia por el de París. En la Edad Media Clodoveo, rey de los francos, hizo de París su capital, construyendo grandes monumentos y abadías. Luis IX concedió a su confesor Robert de Sorbone la fundación de un colegio en 1253, convertido hoy en la famosa Universidad de la Sorbona, luz y ciencia de innumerables talentos esparcidos por el ancho mundo, así hombres como mujeres. Las guerras de los siglos XIV y XV debilitaron el poder real, pero no perjudicaron el crecimiento de la ciudad. La crisis económica y social a la que se sumaron el paro y la carestía de víveres provocó una serie de graves motines en la segunda mitad del siglo XVIII.

En 1789 estalla la Revolución. De los vocablos franceses que, en mi concepto, irradian gloria, prestigio y fervor el más sonoro quizá sea Revolución. Se trata de un acontecimiento único en la historia de Europa. Luis XVI capituló. El 14 de julio se produce la toma de la Bastilla. La Asamblea tomó el nombre de Constituyente, separó

la Iglesia del Estado y fundó el nuevo régimen de alcance universal. *“La Revolución francesa –dice el historiador belga Francois Laurente en el cuarto tomo de Historia de la humanidad–, dio principio en Europa a la era de las sociedades nuevas”*. Gritos de Libertad, igualdad y fraternidad se escuchaban en todo París y después en toda Francia.

Entre 1804 y 1815 Napoleón Bonaparte rige los destinos de Francia como emperador. En las dos grandes guerras mundiales, 1914-1918 y 1939-1945, los alemanes se adueñan de París. El 26 de agosto de 1944 el general Charles de Gaulle entra en París e instaura la República. En nuestros días París es una ciudad viva y libre que conserva su aristocracia y esplendor en la historia de la cultura universal.

Una pregunta que se plantean quienes por vez primera visitan París es por dónde comenzar el recorrido de la gran ciudad. Yo he estado en París en siete ocasiones. Conozco un poco la ciudad. La primera vez que fui mi agente de viaje me hizo una recomendación: tomar uno de los autobuses que hacen el recorrido de la capital, procurar un asiento al aire libre en el segundo piso del vehículo y disfrutar de una vista excepcional. El recorrido incluye cuatro circuitos y cincuenta paradas. Uno puede subir y bajar cuando y donde se le antoje, sin abonar recargo alguno al precio inicial del viaje. El

circuito completo de la ciudad, que puede hacerse en uno, dos o tres días, de acuerdo al tiempo disponible, incluye nada menos que 79 monumentos, cementerios, bibliotecas, teatros, puentes, estaciones de ferrocarril, los Campos Elíseos y, naturalmente, la plaza de la Bastilla, de tantas y tan importantes evocaciones históricas. Durante el recorrido, los comentarios se hacen en diez idiomas, entre ellos el español.

Los viajeros con especial interés en conocer de cerca y con más tiempo algunos de los monumentos que se muestran durante el recorrido pueden tomar nota y posteriormente concederles una visita individual.

Fue lo que hicimos José Luis y yo. Aquellos primeros días de julio, con una temperatura agradable, disfrutamos el panorama de la ciudad desde un autobús con asientos al aire libre. Además de recreo, fue un lujo para la vista y para el espíritu. Apuntamos emplazamientos de las colosales construcciones que más nos iban interesando y decidimos acercarnos a ellas en días siguientes, sin limitación de tiempo. La descripción de las mismas quedan para un próximo artículo.

PARÍS (II)

La ciudad de París, reducida a sus estrechos límites administrativos, sólo tiene dos millones y medio de habitantes. Está considerada la quinta entre las grandes ciudades europeas después de Londres, Berlín, Madrid y Roma.

Aún así, París es todo un mundo. Todo es grande: mucho malo y mucho bueno. Los espectáculos, los sitios de placer, los paseos, todo está lleno, día y noche. Abundan los rincones por los que caminar y dejar que la vista se vaya posando en sus monumentales construcciones. Se ha llamado a París la ciudad de la luz. El actor y cantante parisino Maurice Chevalier (1888-1972), el más universal “chansonnier” de entreguerras, solía decir que París era la *“joie de vivre”* (“la alegría de vivir”). ¿Diría lo mismo hoy, en el despertar de este siglo XXI cambalache, melancólico y febril? Ciertamente París conserva

una personalidad propia, un carácter exteriorizado que quiere corresponder a la alegría y al amor, pero su estado de alma no es totalmente puro. París, hoy, tiene sus problemas, sus traumas, sus brotes de violencia aquí y allá, como toda ciudad grande.

Hay mucho que ver en París. Tal vez menos que en Londres, pero más que en Roma y que en Madrid. En Berlín sólo he estado dos veces, breves días, no la conozco lo suficiente para establecer comparaciones.

Visita obligada a la capital de Francia es la torre Eiffel, presente dondequiera que se represente a París. Fue inaugurada el 15 de mayo de 1889, tras 22 meses de obras. Tiene una altura total de 320 metros. Para llegar a la cima a pie habría que subir 1.710 peldaños. Pesa 7.000 toneladas y se apoya sobre cuatro enormes pilares con bases de cemento.

La ciudad tiene otros magníficos monumentos, imposible de ser descritos en un breve artículo de prensa como este.

Contando sólo los más conocidos, París tiene 37 museos. El más célebre es el museo del Louvre, cuyos orígenes se remontan al siglo XIII, uno de los más importantes, si no el que más, del mundo. Además de este existen otros cuatro que no deben obviarse: Museo Picasso, en la Rue de Thorigny, Museo Rodin, Rue de Varenne, Museo Nacional Pompidou de Arte Moderno, Place

Beaubourg y Museo de la Historia de París, Rue de Sevigné. Una visita a la casa Víctor Hugo, en Place des Vosges, muestra casi todo lo referente al mundo del genial escritor y poeta.

No es preciso ser católico para rendirse ante la catedral de Notre-Dame, en la Rue de la Cité. Cuenta la historia que esta catedral, admirada en los cinco continentes del planeta en el que vivimos, se levantó en el lugar de una basílica cristiana que ocupaba a su vez el de un templo romano de los primeros siglos. La construcción se inició en 1163 y no fue hasta 1345 cuando pudo considerarse totalmente terminada. Víctor Hugo la inmortalizó en su novela histórica *Nuestra Señora de París*, publicada en 1831.

Otro monumento católico que reclama atención es la imponente basílica del Sacré-Coeur, que domina París desde lo alto de la colina de Montmartre. Data de 1870. Los habitantes de París hicieron voto solemne de edificar un templo al Sagrado Corazón de Jesús si Francia era liberada de los enemigos que la ocupaban. El deseo se cumplió. El voto también.

Naturalmente, Montmartre no es sólo la basílica. Fue y lo sigue siendo uno de los barrios más pintorescos de París, incorporado a la capital en 1860. Surge sobre una colina calcárea de 130 metros. Allí se concentran artistas, escritores, pintores, cantantes para quienes la

vida bohemia tiene refugio privilegiado en Montmartre. Cuenta la leyenda que en lo alto de esa colina fue decapitado un tal Dionisio, supuesto primer obispo de París, el año 272 de nuestra era. A ver quién vive para certificarlo.

Tumbas y cementerios. Muerto de entusiasmo ante la muerte, desde joven, quedé emocionado junto a la tumba de Napoleón. Se encuentra en el palacio de los Inválidos, entre la explanada del mismo nombre y la Plaza Vauban. La construcción de este vasto conjunto fue ordenada por el rey Luis XIV para acoger a los viejos soldados inválidos que se veían obligados a mendigar. Las obras se iniciaron el año 1671 y concluyeron en 1776, aunque posteriormente se añadieron nuevos edificios. La vastísima explanada tiene 487 metros de largo y 250 de ancho. Es aquí, en la iglesia de los Inválidos, donde puede contemplarse la tumba de Napoleón Bonaparte, fallecido en mayo de 1821 en la isla de Santa Elena. Cito: Los restos del emperador *“fueron encerrados, como los de un faraón egipcio, en seis ataúdes: el primero de hierro, el segundo de caoba, el tercero y el cuarto de plomo, el quinto de madera de ébano y el sexto de encina”*.

Otros muertos ilustres de Francia están enterrados en el Panteón, majestuoso edificio que en un principio fue iglesia de Santa Genoveva. La Revolución de 1789 la transformó en el templo de la Gloria para alojar los

restos de los grandes hombres. Napoleón la consagró de nuevo al culto católico en 1806, pero años después, en 1885 volvió a ser un templo laico. El monumento tiene 110 metros de largo por 83 de alto. En su parte frontal figura esta inscripción: *“a los grandes hombres, la Patria reconocida”*. Entre otros sepulcros de personalidades ilustres, en su interior figura el del filósofo ginebrino Juan Jacobo Rousseau (1712-1778).

Más de muertos. Montparnasse tiene parecido con Montmartre. Al igual que este, sus restaurantes, bares y cafés estuvieron frecuentados –ahora no tanto– por personajes de la bohemia: escritores, políticos y, sobre todo, pintores. Su cementerio es famoso por las tumbas que alberga de grandes escritores, artistas y políticos. Tengo una colección de fotografías que tomé en algunas de estas tumbas.

Para sacudirse el espíritu de la muerte bueno es ver jardines, flores y plantas. Nada mejor que una visita a los jardines que rodean el palacio de Luxembourg. Su construcción se remonta a 1615. Los jardines están considerados como los más populares de París. Ocupan 23 hectáreas. Entre árboles y flores se alzan estatuas de las reinas de Francia y otras mujeres ilustres.

Más jardines y palacios, los mejores de Europa, se encuentran en Versalles, 20 kilómetros al sudeste de París. Están considerados como el prototipo de los

jardines de Francia. Aquí se crea y recrea la naturaleza con árboles, bosques, flores y setos. Grupos escultóricos y surtidores están esparcidos por doquier.

De paseo por París hay que llegar hasta la Plaza de la Bastilla, fortaleza maciza construida entre 1370 y 1382. Fue protagonista principal en el período revolucionario. En julio de 1789 setecientos mil parisienses enfurecidos marcharon contra ella, considerada entonces como símbolo del absolutismo monárquico.

De la Plaza de la Bastilla a la Plaza de la Concordia, de negros hechos históricos. Aquí se levantó la guillotina bajo cuyas cuchillas cayeron las cabezas de Luis XVI, María Antonieta, Madame Roland, Robespierre y otros personajes de tiempos revolucionarios. Con la torre Eiffel al fondo, en el centro de la plaza se eleva el obelisco de Ramsés II.

Barrio Latino. Callejuelas estrechas. Restaurantes de varias nacionalidades: franceses, turcos, árabes, griegos, chinos, españoles. Cafeterías y tabernas, todo en una atmósfera cosmopolita. Gente. Mucha gente, muchos estudiantes universitarios. Tiendas con toda clase de objetos para recordar París.

Paseos. En verano resulta una delicia pasear por lugares típicos de París. Por ambas orillas del Sena, por los Campos Elíseos, por el Arco del Triunfo, por los muchos parques y jardines que adornan la ciudad.

Finalmente, sería un crimen ir a París y no participar en una cena crucero por el río Sena. Desde el barco se contemplan los más importantes monumentos de la ciudad que, al estar iluminados, presentan aspectos diferentes a las visitas diurnas. Imponentes casas de millonarios, construidas caprichosamente frente a las aguas del río.

Si París bien vale una misa, como dijo aquel rey, también vale una visita, cuanto más prolongada mejor.

